

en el punto llamado de los Horcones. Rivas, cuya fuerza no alcanzaba á 600 hombres de infantería y caballería, no trepidó en tomar la ofensiva. Rechazado en los dos primeros ataques, volvió por tercera vez á la carga hasta triunfar completamente (22 de julio). Cuatro piezas de artillería, cien muertos, el parque y los bagajes del enemigo, fueron los trofeos de esta victoria, complemento de la de Naquitao, que aseguró el éxito de la campaña. Los prisioneros españoles tomados en el campo, fueron fusilados conforme al decreto de guerra á muerte de Trujillo.

Bolívar no se durmió sobre sus verdes laureles: mostróse hábil y activo para recoger los frutos de su nueva victoria. Repitió sus órdenes á Girardot para que á marchas forzadas se le incorporase con la retaguardia, que acudió á tiempo. Llamó á sí la división triunfante de Rivas, que repasó por tercera vez la cordillera en el espacio de treinta días. Reunió su nueva caballería llanera, y al frente de 1,500 hombres más ó menos, marchó sin pérdida de momento sobre la división realista situada en San Carlos (17). Era esta la última esperanza de los españoles. Constaba de 700 infantes y poco más de 300 hombres de caballería, al mando del coronel Julián

(17) Montenegro y Baralt y Díaz dan á Bolívar 2,500 hombres en esta ocasión, y 2,600 á la división de San Carlos, cómputo, que con razón considera exagerado Restrepo. Bolívar, en su parte de la batalla de San Carlos, ó sea de las Taguanes, como se llamó, da al enemigo poco más de mil hombres, y el no declarar su propia fuerza, hace suponer que fuese mayor. Díaz y Torrente que le sigue, y siempre exageran las fuerzas de los independientes, sólo dan á Bolívar mil hombres. Tomando un término medio aproximativo, rebajamos mil del máximo de los que los historiadores venezolanos dan á Bolívar, aumentando algunos cientos al mínimo, fundándonos en la reticencia del general vencedor, y en el dato numérico de que, habiendo invadido con mil hombres más ó menos á Barinas, y engrosado allí su fuerza con numerosa caballería, que es lo que constituía su superioridad, su ejército no podía bajar de este número. De todos modos, es lo mismo, y la gloria es la misma.

Izquierdo. El jefe español, tan valiente como poco cauto, cometió la imprudencia de presentar batalla en la llanura descubierta de Taguanes frente á San Carlos, siendo inferior en caballería. Atacados de frente los realistas por la infantería republicana, á la vez que la caballería llanera amenazaba cortarles la retirada hacia Valencia, pusiéronse en retirada, marchando y combatiendo en orden cerrado por el espacio de seis horas. Ya estaban próximos á alcanzar el pie de la inmediata serranía, que era la salvación, cuando cortada otra vez su retirada por la caballería y atacados de nuevo por la infantería republicana, sus escuadrones se desbandaron y sus batallones se desordenaron, cayendo mortalmente herido el coronel Izquierdo. Fué una victoria completa. Los que no se dispersaron ó fueron muertos, quedaron prisioneros. Los historiadores españoles, confesaron una pérdida de 700 infantes (18). Bolívar dice, con tanta energía como concisión: « Todos sus batallones perecieron ó se rindieron. No se salvó un infante, un fusil » (19). Fué la batalla final de la campaña del occidente de Venezuela y de la primera gran campaña del libertador sud-americano.

X

Monteverde, confiando en que el ejército de Tizcar daría cuenta de la invasión del occidente, al saber la ocupación de Barinas, se trasladó á Valencia, con el objeto, según decía, de dar dirección á las operaciones. Dejó sacrificar, sin darle instrucciones, á la columna de Oberto en Barquisimeto, y dió

(18) Torrente: « Hist. de la Revol. Hisp. Americana », t. I, pág. 412.

(19) Manifiesto de Bolívar de 9 de agosto de 1813, en Caracas.

órdenes y contra-órdenes á la de Izquierdo en San Carlos para retroceder ó avanzar, debilitándola en vez de auxiliarla oportunamente como pudo, sin acertar siquiera á reunir ambas, ó reconcentrarlas á su reserva ó reforzar una de ellas, lo que le habría dado el triunfo. Aquí, como en Maturín, mostró que no tenía cabeza militar, y que sólo la fortuna ciega le había favorecido en su empresa de la restauración de Venezuela, que parecía anunciar, si no un genio, por lo menos un hombre de corazón ó cabeza. Las derrotas sucesivas de los Horcones y de Taguanes, lo anonadaron moral y militarmente. Contaba aún con un cuerpo de tropas como de 700 á 800 hombres. Había empezado á fortificarse en Valencia con el propósito de defenderse cuando supo el avance de Bolívar sobre San Carlos. Tardíamente salió en apoyo de Izquierdo con algunas compañías de infantería y caballería; pero en el camino recibió la noticia de su derrota, retrocedió en fuga, abandonó cobardemente á Valencia y encerróse en Puerto-Cabello. Bolívar ocupó Valencia sin resistencia, apoderándose allí de treinta piezas de artillería de grueso calibre y un gran parque de armas y municiones.

La ciudad de Caracas contaba todavía con una guarnición como de 1,500 urbanos y voluntarios; pero aterrada por los desastres y el anuncio de la marcha del vencedor sobre la capital, se disolvió en su mayor parte, y el jefe de la plaza, que lo era el general Manuel Fierro, se resolvió á capitular de acuerdo con una junta de guerra que reunió al efecto, en que sólo un oficial subalterno votó por la resistencia. Bolívar acordó generosamente una capitulación honrosa, prometiendo olvido del pasado y garantías á las personas y propiedades, bajo la condición de que se le entregaran todos los pueblos comprendidos en la provincia de Caracas ocupados por los españoles. Fierro, temeroso de que Bolívar observase la misma conducta que Monteverde después de la capitulación de San Mateo, se anticipó á evacuar la plaza embarcándose

en la Guayra con lo que pudo. Monteverde por su parte, se negó á ratificar la capitulación de Caracas, y con razón, pues ella le imponía la obligación de evacuar á Puerto-Cabello, y dejó así entregados á merced del vencedor á más de quinientos españoles comprendidos en la ley de guerra á muerte, que no pudieron huir con Fierro.

La reconquista de la República de Venezuela quedó así operada. La revolución y la reacción volvían á ocupar las mismas posiciones de 1810 y 1812: todo el centro y el oriente, por los independientes, desde la cordillera al Orinoco; y en los dos extremos, el litoral de occidente y la Guayana por los realistas. Una nube que amenazaba otra reacción, aparecía en los llanos del oeste, pero aún no se había condensado. Sólo quedaba Puerto-Cabello por las armas del rey en la provincia de Caracas. Si Bolívar, después de ocupar á Valencia hubiese marchado con su acostumbrada actividad y resolución sobre esta plaza, la habría tomado fácilmente, pues nada había previsto para su defensa, y hasta sus fortificaciones estaban desmanteladas. Pero en vez de esto, el libertador atraído por la vanagloria, se dirigió con todo su ejército á Caracas en busca de las embriagantes ovaciones que le esperaban, y dejó tiempo á Monteverde (veinte días) para hacerse inexpugnable, cometiendo el mismo error de San Martín después de Chacabuco, al dar respiro á los enemigos vencidos para fortificarse en Talcahuano (20).

(20) Torrente, historiador realista y español, dice: «Habiendo perdido Bolívar en vanas aclamaciones de la muchedumbre el tiempo precioso para atacar la plaza de Puerto-Cabello, que habría caído indudablemente en sus manos si se hubiera lanzado sobre ella en los primeros momentos del desorden, se hizo ya una empresa más difícil desde que los defensores pudieron fortificarse». («Hist. de la Revol. Hisp. Amer.» t. I, pág. 415). — Restrepo, historiador republicano y colombiano, dice: «Green algunos, y nos parece que con bastante fundamento, que si Bolívar en vez de ir á Caracas con todas sus fuerzas á recibir

De todos modos, la campaña reconquistadora estaba gloriosamente terminada. En ella mostró Bolívar por la primera vez, que si no era un general metódico ni tenía una educación militar, poseía en alto grado, á la par de las dotes del caudillo revolucionario, el genio de la guerra y la inspiración ardiente en medio de la acción, elevándose de un golpe, en su escala, al rango de los célebres capitanes antiguos y modernos. La rapidez para concebir y la audacia para ejecutar sin trepidación; la fortaleza para sobreponerse á los contrastes y el ímpetu heroico para ir siempre adelante; el prestigio para dominar moralmente al enemigo é infundir confianza á los suyos; la intuición para prevenir las maniobras, aun cometiendo errores que el éxito coronaba, y la presencia de espíritu para utilizar sobre la marcha los frutos de sus victorias, tales fueron las grandes cualidades morales y militares que reveló como hombre de acción y de pensamiento en esta memorable campaña. Sus resultados fueron: seis grandes combates, que valen batallas, ganados en un trayecto de 1,200 kilómetros sin un solo revés, al través de dos cordilleras (21); cinco gruesos cuerpos de ejército que sumaban 4,500 hombres, dispersados, muertos y prisioneros ó rendidos con sus armas y banderas; la captura de 50 piezas de artillería y tres grandes depósitos de guerra; la reconquista de todo el occidente de Venezuela de cordillera á mar, ligando sus operaciones con las del ejército del oriente ya rescatado, y la restauración de la

» obsequios y fiestas de sus compatriotas, se dirige sobre Puerto-Cabello » y ataca la plaza con vigor, la habría ocupado sin mucha dificultad, » pues Monteverde nada había previsto de antemano para su defensa. » (« Hist. de la Revol. de Colombia », t. II pág. 177).

(21) Bolívar, con su exageración habitual, habla de treinta batallas y supone diez mil hombres del enemigo vencidos. Los historiadores colombianos, apuntan diez batallas, sin embargo de no mencionar más que seis grandes combates, á saber: los de San José de Cúcuta, La Grita, Carache, Naquitao, Horcones y Taguanes.

república independiente de Venezuela. Y todo esto, con 600 hombres y en noventa días. Nunca con menos se hizo más, en tan vasto espacio y en tan breve tiempo. Con razón un historiador europeo, al condensar el juicio universal á su respecto, ha dicho: « Esta rápida campaña, que los entendidos colocan » al lado de las más atrevidas empresas militares de que la » Europa era entonces teatro, ha sido el germen de la grandeza » futura de Bolívar, y le ha merecido el primero, y quizás el » más hermoso y el más puro florón de su corona triunfal, » cuya gloria no puede ser marchitada ni aun por el acto de » triste memoria en que proclamó la guerra á muerte » (22).

XI

Bolívar entró en triunfo en su ciudad natal (6 de agosto), de la que había salido un año antes, proscripto, oscuro y con un tizne en la frente. El pueblo lo aclamó con entusiasmo como su libertador, las campanas se echaron á vuelo, las salvas de artillería resonaban en Caracas y en las fortalezas de la Guayra, el camino que recorría estaba sembrado de flores y las flores y las bendiciones llovían sobre su cabeza. Un grupo de bellas jóvenes vestidas de blanco adornadas con los colores nacionales tomó las riendas de su caballo y le coronó de laureles, mientras las músicas militares sonaban la marcha triunfal de la independencia y la libertad (23). El triunfador

(22) Gervinus, « Hist. du XIX siècle », t. VI, pág. 256-257.

(23) Ducoudray-Holstein, en « Memoirs of Bolivar », t. I, pág. 150-151, dice describiendo esta entrada triunfal: « El entusiasmo fué universal. » Empero, no puedo omitir un rasgo singular de la característica » vanidad de Bolívar. Antes de su entrada en Caracas, se había preparado una especie de carro de triunfo, semejante al de los cónsules cuando volvían victoriosos de sus campañas. En los tiempos antiguos, este